

¿Y las palabras se las lleva el viento?



Hace cerca de 25 años en el Distrito Capital un grupo de educadores decide compartir sus reflexiones. Así nació el periódico *El Maestro* para ellos y sus comunidades, en una época en la cual la militancia política se constituía en espacio integrador del quehacer pedagógico. Presenta, edición tras edición, un testimonio vital y profundo de los años de la esperanza y de las ganas de una generación de "transformarlo todo para ganancia de todos".

El Maestro busca en sí mismo, para verter sus angustias, no se construye con el azar, apela al riesgo y al trabajo constante, circula imponiéndose a múltiples impedimentos, con el desafío de ejercer una acción determinante en la vida sociopolítica de la ciudad y el país. Si volvemos a recorrer sus páginas no es difícil sentir algo de nostalgia por la arrogancia digna de emular de *El Maestro* cuando se identifica como protagonista de la vida pública, y se siente capaz de aportar decisivamente a la construcción de una sociedad más justa. Es posible que para entonces la pedagogía fuera un sinónimo de militancia, ¿y hoy acaso también no lo es?, ¿ciertamente han cambiado tanto las condiciones concretas del país que podamos decir que sus propósitos no son dignos de retomar con entusiasmo?, ¿hoy una de las urgencias de la educación y del país no es construir un nuevo proyecto de nación?

Tribuna Pedagógica, la Revista Educación y Cultura y recientemente Educación y Ciudad, para mencionar solo unas pocas, guardan en sus páginas la memoria viva de la educación en la ciudad, pero aún hay un gran vacío de comunicación como expresión de la magia creadora de lo cotidiano, aún hay que buscar con rigor el sentido de la práctica pedagógica aquí y ahora y es vigente la necesidad de colarse en los lugares inéditos en los cuales la alquimia de tiempo y espacio juegan a dejar todo en los archivos del recuerdo.

Aula Urbana cosecha de las semillas regadas por *El Maestro* y otros órganos de comunicación no menos importantes en el proceso de construcción del Movimiento Pedagógico, ofrece nuevas pistas y otras huellas con el fin de rescatar la parte menos visible y más imprecisa de la educación para incrustarla en la historia de la ciudad y se presenta, aún tímidamente, como contenido, vehículo y agente pedagógico. Puede ser apropiado por los educadores y las comunidades o sencillamente constituirse en una mediación extraña o, por lo menos, prestada. Pero, sin lugar a dudas, es una posibilidad de expresarse, lo que en esencia hace a las personas más responsables porque las potencia para trascender sus acciones y convicciones sometidas al escrutinio social.

El Magazín de los educadores de la ciudad puede proyectar una simultaneidad de imágenes, sentimientos,

dudas, sensaciones, ideas, impresiones que transformen el mundo y movilizar proyectos de educación y de ciudad, reducir el autismo del sistema educativo y convertirse en testigo hablante de su tiempo, hacer alianzas, crecer y transformarse o desaparecer, como muchos otros. Es preciso garantizar su supervivencia para mantener vivas formas de comunicación mágicas e imprescindibles, cuya búsqueda de un espacio propio suele ocurrir únicamente desde una lógica grupal en donde exista la certeza de los cambios permanentes de interlocutor.

De todas maneras, la educación en la ciudad no puede continuar visualizándose desde una panorámica indescifrable, aprendida en rápidos paneos que dicen tanto y a veces tan poco, hay que seguir pensándola con pasión y no siempre desde la orilla de la indiferencia, hay que buscar terceras, cuartas y múltiples orillas, hay que verla de cerca y construir visiones personales, institucionales, barriales que tengan que ver más con ideas creadoras, con la ampliación de espacios de encuentro y creación grupal con toda su fuerza adivinatoria para recuperar la perplejidad por lo que nos es propio, soportados en la palabra que habla del conocimiento, de lo que hay dentro de cada uno y también del entorno. Así, seguramente no siempre, como dicen "las palabras se las lleva el viento".

Columna móvil

Sensibilidad, afectividad, estética y contenidos

Coke

Una amable* persona me invita a escribir un artículo. Evoco algunas ideas en torno al proceso educativo y estas, como mariposas, dan vueltas entre la cabeza y el estómago. Ideas que vengo "trabajando", digamos, sin ningún rigor académico. Ideas que, con el perdón de los lectores, trataré de exponer brevemente, más desde la intuición que desde alguna postura específica. No sobra decir que carezco de autoridad en la materia (realmente en cualquier materia).

A diario escucho críticas de parte de los alumnos-as en torno a la actitud de los docentes frente a su función como formadores; éstas, las más de las veces se refieren a que sus maestros-as se comportan en las aulas como meros informadores y que esperan que el alumno-a se comporte como un receptor-decodificador que necesariamente debe asimilar el contenido de la clase y ordenarlo en forma adecuada en su disco duro.

El comportarse como un informador es insostenible por mucho tiempo frente a un grupo que, en algún momento, se mostrará, por decir lo menos, apático y que cada vez es más exigente al evaluar a sus maestros-as. En este momento el docente podrá defenderse con el audaz y estratégico uso de las diferentes expresiones de poder que aún invoca su figura en el imaginario que sirve de referente a los jóvenes.

Pero este no es el problema; tal vez olvidan algunos

docentes que el proceso de comunicación necesariamente está determinado por actitudes, sensibilidades y afectividades frente al objeto del conocimiento y a los protagonistas de la comunicación. Elementos que al ser descartados del trabajo educativo lo hacen árido e ingrato.

Resulta mucho más viable la construcción de saberes cuando se tiene una actitud de sensibilidad hacia el conocimiento, de afectividad en el plano de las relaciones personales y en el del proceso cognitivo, cuando la comunicación deja de ser simplemente instrumental para convertirse en parte integral del proceso académico, cuando se socializa el saber de tal forma que su construcción es inminentemente dialógica, provocada por la conjunción del querer educar y el querer conocer.

Claro, también cuenta en la labor educativa el manejo de lo que podemos denominar "los contenidos de las áreas específicas"; estas invariantes deben tener un peso importante en el aula, pero no solo son lo determinante en la tarea del maestro-a. Más aún, en este nuevo mundo virtual, en el cual el acceso al conocimiento ha perdido en gran parte su carácter de lejano e inaccesible, ahora lo determinante no es el conocimiento que adquiere en el proceso educativo formal sino la posibilidad de acceder a todo un mundo de información en forma adecuada.

Al leer el número anterior de este Magazín, sin más remedio, vino a mi mente la imagen de uno de mis sueños más insistentes. Esta imagen se compone de: un pájaro con un gran pico, ligeramente separado de la cabeza, abierto en un ángulo de unos 120 grados. De este enorme pico nacen soles: veinte, dos veinticinco. Hay, además, una flor que quiere ser girasol, pero que al pasar por los filtros de la percepción de mis espectadores se convierte en cualquier cosa, menos en flor.

Este pájaro que canta soles/necesita de un pretexto;/ su pretexto es que crezca un girasol./Este hombre que canta letras/necesita un pretexto;/ mi pretexto es que crezca un girasol./ El girasol del pájaro, a su gusto,/ crece en la imagen de mi sueño./ El girasol de este hombre, a mi gusto,/ espero verlo crecer en un espacio de los dos.

Mi sueño pertenece a otro ámbito, pero he querido traerlo aquí con la idea, tal vez romántica, de que puedo soñar que más maestros-as sean hombres y mujeres que canten saberes con el único pretexto de que en sus alumnos-as crezca el gusto-amor-pasión por saber-conocer-construir; que crezca en un espacio de dos.

* Amable: persona que posee las condiciones necesarias para ser amado